

EL HONOR PERSONAL Y MILITAR



Mor. ERNESTO HERNANDEZ B.

"Son las fuerzas morales quienes hacen del hombre el ser maravilloso por excelencia. Suprimirlas sería como suprimir el aire, como apagar el sol. A ellas hay que consagrar una atención preferente y cuidarlas como se cuida la vida misma".
(Cor. Carlos Smith).

"De cuantos bienes es dable al individuo labrarse con sus esfuerzos, hay uno superior a todos los otros y cuya pérdida es irremediable, así como su conservación es suficiente a consolar aun a los reyes destronados. Ese bien es el **Honor**, destello de los caracteres elevados, nimbo que circunda los excelsos ánimos. El honor es absoluto y no consiente parangón con otro bien alguno; y la filosofía utilitaria, al despojarlo de su inflexibilidad, mengua esencialmente y arruina la más noble faz del carácter". (Marco Fidel Suárez. "El Carácter").

No siempre se ha entendido rectamente el concepto del Honor; frecuentemente se ha confundido con la Honra, con la fama y con la gloria, y no pocas veces se ha degenerado tanto su verdadero concepto, que en su nombre se han cometido auténticos delitos. Intentaré discernir conceptos para clarificar ideas.

Antiguamente "el honor era para todo bien nacido una virtud de orden interior, espiritual; era la dignidad

consciente con que cada cual podía presentarse sin tacha ni menoscabo ante Dios, ante sí mismo y ante sus semejantes. El culto al honor era tan riguroso en el concepto y aprecio unánime de las gentes como inexorable en su ejecución y cumplimiento" (Ludwig Pfande. "Introducción al Siglo de Oro"). Sin duda recordaba este autor las palabras de Calderón de la Barca cuando decía: "El honor es patrimonio del alma, y el alma solo es de Dios".

Definición:

El Honor es cualidad moral que nos lleva al más estricto cumplimiento de todos nuestros deberes. Es una cualidad constante, un estado, una manera de ser, un conjunto vital de energías que nos mueve a obrar el bien. Es el más alto concepto de la dignidad.

El Honor es un tesoro de orden moral, más precioso que el oro y la plata, superior a todos los bienes externos, más digno de estima que los bienes deleitables y útiles, porque es la **suma de todos los bienes honestos**. Debe el

hombre amarlo porque es la rectitud moral misma.

Santo Tomás dice que hay tres clases de bienes:

- a) Los bienes del alma, de suyo intangibles. Entre estos está el Honor.
- b) Los bienes del cuerpo: vida, integridad, salud, pueden ser quitados.
- c) Bienes externos: riquezas, fama u honra, gloria; también están al alcance del enemigo (2, 2 qu. 73, a 3 corp).

No en vano Coloma aconsejaba: "Guíate siempre por el sentimiento del honor porque es un hijo de la moral divina".

Sinónimos del honor, son: Probidad moral, rectitud, dignidad, magnanimidad, honorabilidad, honradez, lealtad, veracidad, hidalguía, caballerosidad, hombre de bien. El honor así considerado tiene por objeto el ejercicio de todas las virtudes morales.

En el individuo, más importante que la ciencia es la formación del carácter; en la sociedad, la piedra fundamental no es la ciencia sino la moral intacta; no la riqueza sino el honor; no la vileza, sino la dignidad. El honor es el ejercicio de todas las virtudes, es la batalla espiritual sostenida con virilidad.

"El Hombre de Honor, dice el Barón de Holbach, nunca distinto del hombre de bien, no puede ser deshonorado en ningún caso, sino, cuando, cambiando de conducta, él mismo se priva del derecho que tiene a la estimación de los otros y a la suya; puede muy bien ser

MAYOR
ERNESTO HERNANDEZ B.

Desde el segundo número de esta Revista, ha venido colaborando regularmente con estudios de valioso contenido filosófico que pueden consultarse en las páginas 419 y 505 de nuestro primer volumen.

denigrado por la calumnia y vituperado por la envidia; ciertas circunstancias desgraciadas podrán por algún tiempo empañar y oscurecer su reputación, más nunca perderá el derecho a la estimación de sí mismo; derecho que no puede arrancarle poder alguno sobre la tierra. Un hombre no puede ser ofendido en su honor, si no lo ofende él mismo. El honor verdadero solo puede consistir en la virtud; el hombre de bien y el de honor, son dos conceptos iguales".

En el concepto del honor entra el concepto de **dignidad personal**. Esta es la calidad de lo digno, gravedad y decoro de las personas en la manera de decir y hacer las cosas. Es la elevación moral del ser personal sobre los que no lo son. El fundamento de la dignidad personal no es otra cosa que la personalidad, o sea la persona física cuando obra moralmente, es decir, con pleno conocimiento y determinación libre. De este concepto de persona se desprenden todos los rasgos que constituyen la preeminencia del hombre; el respeto a sí mismo, como el primer deber humano; el respeto a los demás, como semejantes que son a nosotros; la obligación de buscar y hacer el bien para sí y para la sociedad; la obligación de seguir la propia conciencia cuando ella es recta, cierta y verdadera, y el sagrado deber de formar la conciencia en la rectitud, la verdad y la certidumbre.

Por no partir de esta base, de este concepto de la persona, o partiendo de ella pero por caminos sinuosos, los hombres han inventado varias teorías, muchas de ellas antagónicas, y por tanto, unas verdaderas y otras falsas. Como siempre, "de los errores de una deducción no es culpable el principio, sino el hombre". La integridad de la persona humana debe ser regida por la ley natural como norma de la moralidad.

Pero la persona no alcanza su plenitud sino cuando actúa según la ley de su ser, haciendo el bien. Cuando en la persona surge una contradicción entre los dictámenes de la razón y los anojos de una voluntad perversa, puede caer en los abusos de la materia, de la corrupción y de la esclavitud. En la contravención libre de la ley moral la herida penetra hasta lo más característico de la persona. Con el ejercicio de las virtudes morales, es decir, con la práctica del bien, se llega al pleno concepto de la dignidad personal.

Cuando las virtudes existen en un cuerpo hermoso como en Bernardo de Claraval o Juana de Arco, brilla la virtud con más gracia, según dice Virgilio: "Gratior et pulchro veniens in corpore virtus": Es más graciosa la virtud cuando se halla en un cuerpo hermoso". (Eneida V, 344). Cuando la virtud existe en la nobleza de la sangre, como en Luis, Rey de Francia, se agiganta; cuando se añade a los resplandores de la opulencia, de la ciencia y de la sangre, como en Salomón, la virtud descuella, dignificando más a la persona.

"El hombre de bien y el hombre de honor, son dos cosas iguales".

¿Y quién es el hombre de bien? El hombre de bien es el que quiere y hace el bien.

El honor es nobleza.

Y ¿qué es la nobleza? Nietzsche nos contesta: "No querer renunciar a nuestra propia responsabilidad; no querer compartirla; incluir en nuestros deberes nuestros privilegios y sus ejercicios: ¿soy más fuerte que otro? Es un deber más. ¿Más inteligente? Es un deber más. ¿Más virtuoso? Es un deber más, el más imperioso y el más oneroso".

Señal de nobleza: "No pensar nunca en rebajar nuestros deberes hasta el

punto de igualarlos con los deberes de todo el mundo". Para Kant el deber "consiste en hacer aquello que deseáramos que fuese erigido en regla universal de conducta". Desear hacer solo aquello que todo el mundo puede hacer es rebajar nuestros deberes. Esto es bastante, pero no suficiente para el hombre de honor. Está bien hacer todo lo que los demás pueden hacer, pero es menester hacer un poco más; debemos imponernos deberes particulares que no siempre son o pueden ser los deberes de todo el mundo.

Emile Faguet, de la Academia Francesa, corrobora esta idea diciendo que el hombre de honor puede "desear que todo el mundo quiera efectuar actos que fuera hartamente duro erigir en regla universal".

El honor personal es dignidad y nobleza; es el sostenimiento de esa dignidad y nobleza que consiste en el cuidado de no caer nunca de tal preeminencia; a sostener esa altura debemos sacrificarlo todo, aun la misma vida.

El honor como cualidad espiritual busca la satisfacción de la conciencia; esta satisfacción puede tener una utilidad social, pero lejana. Esta satisfacción íntima no es negativa, por ausencia en nosotros de pasiones malévolas o de actos deshonestos, sino positiva, o sea, la aptitud en nosotros de hacer cosas buenas y bellas. En este sentido el honor es un sentimiento aristocrático, con la aristocracia que da siempre la dignidad y la nobleza, la hidalguía, la verdad y la belleza. Esta aristocracia puede estar en todas las clases sociales, y muy especialmente en quienes existe el verdadero criterio moral del deber y la recta formación de la conciencia.

El verdadero honor es una estima exigente de sí mismo, el sentirse uno "un alma poco común", tan alta e ideal que para merecerla debemos hacer es-

fuerzos poco comunes; una tan alta estima que nunca se está seguro de haber conseguido merecerla, pues, es una estima de lo que seríamos si fuésemos mejores; es querer merecer la estima de la personalidad que podría uno llegar a ser. Esta última idea expresada por Corneille la explica Nietzsche así: "Es preciso superarse para distinguirse del ser que uno es y merecer la estima del ser que quiere uno llegar a ser, y esto indefinidamente".

Así entendido el honor no da lugar a vanidad u orgullo ni a desprecio de los demás, "pues nunca se está seguro de haber conseguido merecer esa estima, la estima de lo que seríamos si fuésemos mejores". Quien despreciara a los demás por sentirse superior, ya no merecería la estima de hombre de honor.

Un caballero es un hombre de honor.

¿A quién se le dá el título de caballero? A un hombre virtuoso.

"Aquel que vive sin mancha y obra rectamente;

Aquel que habla la verdad en su corazón;

Aquel que no forja ningún dolo en su lengua;

Ni hace mal a su prójimo,

Ni aplaude la injuria hecha a sus hermanos.

En su estimación reputa por nada al malvado;

Mas honra a cuantos temen al Señor;
Y si hace juramento a su prójimo, no lo engaña;

No da su dinero a usura;

Ni se deja cohechar contra el inocente". (Salmo 14, 2-5).

El caballero cristiano posee la prudencia que perfecciona el entendimiento; la justicia que hace perfecta la voluntad y la dirige siempre hacia el bien; la templanza, que enseña a los hombres a dominarse ante los halagos del pla-

cer, y la fortaleza, que los hace fuertes en el sufrimiento y en las dificultades.

El verdadero caballero no se vanagloria; a nadie envidia, no se enorgullece, se conduce siempre con decencia, no busca su provecho particular, no piensa mal, no se regocija en la iniquidad sino en la verdad.

El carácter del caballero implica una elevación de conducta por lo que toca a las leyes morales y a los preceptos de la religión. El amor de benevolencia hace del hombre el verdadero caballero cristiano, pues practica la simpatía y la amistad, la filantropía y el altruismo, la compasión y la abnegación, y muy especialmente la caridad, porque distribuye sin aparato y enjuga las lágrimas en silencio.

La caballerosidad, como la honradez y la dignidad, supone veracidad, clemencia y generosidad, no solo en público sino en la vida privada; es fiel a la palabra dada y tiene muy en cuenta la prudencia gubernativa, así en el hogar como en los puestos públicos. El honor verdadero consiste únicamente en la virtud. "El verdadero caballero es aquel cuya naturaleza ha sido ajustada al más elevado modelo. Es un título grandioso el título de caballero, y ha sido reconocido como un rango y un poder en todas las condiciones de la sociedad... Tener este carácter es una dignidad en sí mismo, que inspira el respeto instintivo de todo espíritu generoso, y aquellos que no quieren inclinarse ante el rango del título, rinden, no obstante, su homenaje al caballero. No echan sus cualidades sobre la elegancia o las maneras, sino sobre el valor moral; no sobre las posesiones personales, sino sobre las cualidades personales. El salmista lo describe en pocas palabras como a quien marcha derecho y obra justamente, hablando con la verdad en su corazón...

El verdadero caballero tiene una idea delicada del honor, evitando escrupulosamente las acciones ruines. No elude la dificultad con artificios, ni prevarica, ni trampea, sino que es honesto, recto y equitativo. Su ley es la rectitud, la acción en líneas rectas. Cuando dice "sí", es ley; y se atreve a decir el valeroso "no" en el instante oportuno. El caballero no puede ser sobornado; únicamente los hombres de alma baja y sin principios se pueden vender a aquellos que tienen interés en comprarlos. (Samuel Smiles, "El Carácter").

El honor es la honradez y esta es la rectitud en las palabras y en los hechos. El gran filósofo griego Diógenes dudaba de la honradez de los que se paseaban bajo los arcos de la plaza ateniense... Se acercaba a ellos, los alumbraba con su lámpara, los miraba despacio y se alejaba murmurando tristemente: "Parecen hombres pero no lo son". Y José de Maitre, ese conde de tanta raigambre espiritual, decía alguna vez a algunos jóvenes: "Esa honradez mundana que visteis vosotros... es honradez de nieve... Debajo está el barro". El hombre de honor es el hombre honorable porque posee virtudes y por esto es digno de honra. Entre el hombre honorable y el hombre honrado puede existir la hipocresía; aparece esta cuando no habiendo honor, aparece como tal y se le honra. Jesucristo atacó fuertemente a los fariseos por este falso honor diciéndoles "sepulcros blanqueados". Por fuera, blancos como mármoles... por dentro... hedor y podredumbre, cadáveres en descomposición, ... honradez de sepulcros.

José Ingenieros, vigorosa personalidad actual, confirma estas ideas así: "El hombre es. La sombra parece. El hombre pone su honor en el mérito propio y es juez supremo de sí mismo; asciende a la dignidad. La sombra pone el suyo en la estimación ajena y re-

nuncia a juzgarse... Hay una moral del honor y otra de su caricatura: ser o parecer... Pero los caminos divergen. En los dignos el propio juicio antepónese a la aprobación ajena; en los mediocres se prosternan los méritos y se cultiva la sombra. Los primeros viven para sí; los segundos, vegetan para los otros; viven con perpetua preocupación de juicio ajeno sobre su sombra. Consumen su existencia... sedientos de cultivar al atención ajena por cualquier medio y de cualquier manera". "El que aspira a parecer, renuncia a ser. En pocos hombres súmanse el ingenio y la virtud en un total de dignidad... Credo supremo de todo idealismo, la dignidad es unívoca, intangible, intransmutable. Es síntesis de todas las virtudes que acercan al hombre y borran la sombra. Donde la dignidad falta no existe el sentimiento del honor. La dignidad implica valor moral". "El mérito de las acciones se mide por el afán que cuestan y no por sus resultados. Sin coraje no hay honor... El lacayo pide, el digno merece... Ser digno significa no pedir lo que no se merece, ni aceptar lo innecesario. Mientras los serviles trepan entre las malezas del favoritismo, los austeros ascienden por la escalinata de sus virtudes". ("El Hombre Mediocre", Cap. IV). Jorge Washington tuvo la misma idea cuando dijo: "Espero tener siempre suficiente firmeza y virtud para conservar lo que considero que es el más envidiable de todos los títulos: el carácter de hombre honrado".

El honor lo tiene el individuo; se lo reconoce Dios; y su propia conciencia; esto basta.

El honor es el cumplimiento estricto del deber. El verdadero honor no está nunca en conflicto con el Deber; pero en caso de conflicto se debe preferir el deber al honor, porque el honor de orden humano puede variar según las

ideas del individuo, según los tiempos y los países y aún puede degenerar en orgullo y ambición. El deber, en cambio, es objetivo, externo, se impone a la conciencia en nombre de un principio superior al hombre, Dios, principio y fin del orden moral; es universal, absoluto e inmutable.

El sentimiento del honor es el sentimiento del deber; por tanto, no es la utilidad personal, porque el deber muchas veces va en contra de nuestros propios intereses; no tiene tampoco como fin la utilidad social, porque muchas veces tenemos que despreciarla para que triunfe la conciencia.

El deber manda: unas veces en favor de nuestros intereses más íntimos y en contra de los aparentes bienes de la comunidad; otras veces contra nuestros aparentes intereses personales y en favor del bien común. Entonces es cuando se habla del honor profesional. En uno u otro caso el honor convierte el deber en pasión, y en pasión ardiente, para perfeccionarnos o perfeccionar a los demás. Entonces es cuando se habla del honor del militar en el campo de batalla; del honor del sabio en el laboratorio; del honor del médico ante la enfermedad contagiosa; del honor del capitán del barco ante el peligro de naufragio; del honor de la madre ante el peligro del hijo; del honor del civil ante el silencio o fracaso de su idea; del honor de la mujer ante el vilipendio; del honor del católico cuando peligran las creencias y convicciones religiosas de su pueblo. Por esto el honor se ha definido más concretamente diciendo que es "la cualidad moral que nos lleva al más severo cumplimiento de nuestros deberes, respecto del prójimo y de nosotros mismos".

Y ¿qué es el deber? En abstracto, es una necesidad moral, es la obligación de hacer tal o cual cosa para conseguir un fin necesario o de respetar un de-

recho. En sentido concreto el deber es el mismo acto que hay que ejecutar u omitir en virtud de una obligación moral." A los grandes hombres solo los crea la conciencia del deber, y la conciencia del deber solo la forman la moral y la religión". (Graciano Martínez). "Ninguna consideración debe ser nunca tan poderosa que aparte a un hombre honrado de su deber". Cumplir el propio deber vale más que el heroísmo". Cesar Cantú. El hombre de honor es el que cumple sus deberes. La sicología y la moral determinan el origen, evolución y deformación del sentimiento del honor. Se trata de un sentimiento de índole compleja en que entra de un lado el amor propio, el concepto de la dignidad personal. Este concepto se concretiza en el cumplimiento del deber y en la realización de la justicia.

El honor es la verdad. ¿Y qué es la Verdad? Es la conformidad entre la inteligencia y el sér, y en su sentido más profundo, una total interpretación de ambos. La verdad auténtica vale para todo intelecto cognoscente; lo que es verdadero para uno no puede ser falso para otro; en este sentido toda verdad es "absoluta", y no hay verdad alguna "relativa", es decir, de sentido diverso según la diversidad de sujetos. La verdad es la conformidad de nuestros juicios con la naturaleza de las cosas, con sus propiedades, sus cualidades y los efectos próximos o remotos de los objetos que obran o pueden obrar en nosotros. La verdad consiste en ver las cosas tales como son, en atribuirles las cualidades que realmente tienen, en prever con certidumbre los efectos buenos o malos, distinguir lo útil, laudable y apetecible, de lo inútil, vituperable, quimérico y aparente.

El error es la oposición entre nuestros juicios y la naturaleza de las cosas; es la falta de adecuación entre nuestro entendimiento y los objetos. Caemos en

error: Cuando el entendimiento juzga precipitadamente o sobre apariencias de verdad ontológica; cuando no pensamos o pensamos limitadamente; cuando delira la imaginación y se turban los sentidos; cuando entran los prejuicios, la falsa educación por falta de formación científica, el querer resolver rápidamente las cuestiones. De parte de la voluntad son fuentes de error: la perversa inclinación del corazón a objetos falsos, la deficiente voluntad para buscar la verdad, las pasiones malévolas que nos inclinan a lo más fácil y a lo más placentero.

Cuando decimos que la virtud es amable, juzgamos de una manera conforme a la experiencia constante de todos los siglos y de todos los hombres. Cuando decimos que la intemperancia y la disolución de las costumbres destruyen la salud individual y social, formamos juicios confirmados por la experiencia diaria, la cual nos hace ver que las consecuencias naturales de los vicios son la pérdida de la salud y la infelicidad.

Verdad Moral es la conformidad de las palabras con el pensamiento, o sea la Veracidad de aquellas. Lo contrario se llama mentira.

¿Por qué, siendo la verdad una y absoluta, los hombres no están de acuerdo y hay diferencias en sus opiniones, leyes, costumbres, usos y hábitos, mucho más en lo referente a la moral que en lo referente a la ciencia?

Porque no todos ven las cosas como son en sí; porque el pecado original dejó en la naturaleza humana una triste secuela de debilidad que impide al hombre tener siempre la voluntad de querer buscar la verdad; porque existe el error en la percepción de los principios más fundamentales, resultando así pésimas las conclusiones; porque individuos y pueblos están dominados de una multitud de preocupaciones mise-

rables que los alejan continuamente de la felicidad hacia la cual creen encaminarse. Sus opiniones, fundamento de sus instituciones, están viciadas de raíz, faltas de experiencia suficiente, contrarias muchas de ellas a la razón, consagradas por los hábitos y costumbres, se transmiten sin examen de padres a hijos, de generación a generación. Por esto hay errores perniciosos y falsas ideas, depravadas costumbres, crueles abusos que se perpetúan lastimosamente entre los hombres.

Si lo verdadero es la conformidad del pensamiento con su objeto, lo falso, según el punto de vista lógico, es la no conformidad o desacuerdo entre el pensamiento y su objeto. "Errar, dice Bossuet, es creer lo que no es". El error es el estado del espíritu que hace un juicio falso, sea afirmando lo que no es, sea negando lo que es. Ignorancia es no saber, desconocer la verdad, o sea la naturaleza de las cosas, sus propiedades y cualidades, sus efectos próximos o remotos. O también limitación de la verdad cuando se conoce algo de las cosas pero no totalmente. El error es peor que la ignorancia, porque es esta, más la negación de la verdad; es una ignorancia reforzada con una ilusión; el que yerra no sabe pero cree saber y de esta manera piensa, habla y obra. Pero el ignorante casi nunca dice "no sé" y se queda ahí; quien así obrara demostraría mucha prudencia y pocas cosas malas haría; pero tampoco haría el bien, pues quedaría totalmente inactivo. Ordinariamente quien no sabe alguna cosa, sin embargo pasa a obrar cayendo de esta manera en el error, o al menos exponiéndose gravemente a caer en él. Esta idea la expresa claramente Marco Fidel Suárez: "El ignorante no se queda en la ignorancia, sino que se lanza al campo del error". De aquí que la ignorancia y el error son los manantiales del mal moral, pues verdades que

debieran ser evidentes para todo el mundo como el honor, el deber, el bien particular y común, la honradez y la veracidad, el respeto al derecho ajeno, la moralidad de los individuos y de las sociedades, el homenaje a Dios y el respeto a la vida humana, son verdades oscurecidas por una inmensidad de errores que forman un laberinto tan intrincado que difícilmente podrá salir de ellos la mente humana. En muchos pueblos de la tierra, aun civilizados, no se tienen por crímenes la violencia y la crueldad, el homicidio y la guerra, el adulterio y el robo, la mentira y el engaño. Costumbres abominables que hasta han llegado a constituir fuentes de derecho y de ley.

Verdad moral es la conformidad de las palabras con el pensamiento, o sea la veracidad de aquellas. Lo contrario se llama falsedad moral o Mentira; es el desacuerdo entre la palabra y el pensamiento. No basta que el juicio enunciado sea falso, sería un error; se necesita que la falsedad sea querida; entonces es un engaño. Mentiroso es aquel que piensa una cosa y dice otra deliberadamente. Se demuestra el honor personal e íntimo, la probidad moral, la honradez y la hidalguía diciendo siempre la verdad y evitando la mentira.

El hombre que se desvía del camino de la verdad pisa terreno pantanoso, en el que la vida va hundiéndose cada vez más; con una mentira alimenta otra para mantener en pie la anterior; y para mantener la segunda, miente por tercera vez, y así sucesivamente. La mentira es una monstruosidad en la vida moral y social.

Negar la verdad es abdicar la propia dignidad y hacer traición al honor. Dios es la verdad viviente, por eso dice la S. Escritura: "Abomina el Señor los labios mentirosos" (Prov. 12,22). Si por medio de la mentira alguien ha conseguido el respeto de los demás, ese res-

peto no dura, y ha perdido el honor ante su propia conciencia y la confianza de sus semejantes. El hombre de honor pone su orgullo en la verdad porque sabe que nunca hay necesidad de mentir. A la prudencia y a la justicia pertenece distinguir las verdades que es necesario de decir, y las que es menester callar o disimular. Toda verdad que se dirige al bien de la comunidad no puede ser callada sin delito; pero puede ocurrir en algunas circunstancias que la verdad pueda ser inútil o perjudicial como en los secretos, entonces la razón nos manda callarla; la verdad nunca es útil a los malvados.

Quien lastima la verdad no sabe respetar sus deberes, pues querrá abrirse paso en la vida de una manera in noble: si es funcionario público, se dejará sobornar, si es comerciante, apelará al fraude; si es militar, caerá en la traición. Un dicho húngaro dice: "Quien empezó en la mentira, acabará en el patíbulo".

El hombre que se excusa con una mentira para librarse del castigo merecido, o para salir de algún aprieto, es un cobarde por la carencia de carácter y de responsabilidad; no saber decir "yo hice tal cosa" cuando la ha ejecutado así desplome sobre él una montaña entera, es no saber lo que es la personalidad, la dignidad y el honor. La hipocresía, el engaño y el fraude, (éste es la mentira en las acciones) son los actos más diametralmente opuestos al honor.

La verdad, dice Pindaro, es el fundamento de la virtud más sublime; tan importante es en la vida social, que el hombre veraz siempre goza de la estimación y confianza de todos sus semejantes; hasta los más consumados embusteros desean hallar en los demás hombres las cualidades de que ellos carecen. "De dos maneras se puede caer en injusticia: con violencia o

con engaño; la primera es más propia de leones, la segunda de astutas raposas, y entre ambas muy ajenas de la generosidad del hombre; pero más aborrecible la postrera. Mas, entre todas las injusticias, ninguna es más perniciosa que la de aquellos que, cuando más engañan, es cuando más pretenden acreditarse de hombres de bien". (Cicerón, Tratado de los Deberes, Cap. XIII Lib. I).

El honor es fidelidad y lealtad. Estas son el cumplimiento de las promesas hechas. Toda promesa lleva consigo la obligación de fidelidad o de justicia, de dar, hacer u omitir algo, sobre alguna cosa buena y posible y siempre voluntariamente. La fidelidad a las palabras y a los hechos son el fundamento de la vida social, la cual se basa a su vez, en la veracidad. El hombre de honor da su palabra para cumplirla, cueste lo que costare. Quien cumple fielmente la promesa da pruebas de verdadera educación moral y de alta disciplina mental; quien juega con la palabra dada, no es hombre honorable; quien lleva en sus palabras dolo y engaño y en sus hechos disimulo, hipocresía y fraude, no es hombre de honor.

Los hombres honran la lealtad y fidelidad, aún los mendaces y engañadores. Quieren que los demás sean leales, fieles a la palabra dada; no quieren que la esposa falte a su promesa; el enfermo confía en la palabra del médico, el gerente en la del subordinado, el comprador en la del vendedor, el amante en las palabras de su amada. Todas las personas físicas y morales confían en la palabra, en la firma, en los acuerdos, en los contratos, pactos, alianzas y juramentos.

La verdad en las palabras se llama veracidad, cuando expresamos lo que realmente sentimos; la verdad de la vida se llama sinceridad; es la con-

ducta externa que indica siempre lo que somos. La sinceridad excluye la doblez, la hipocresía, la simulación y la adulación; lleva consigo la sencillez, la recta intención, la lealtad. El mentiroso y engañador no tiene honor.

"Si el deshonor tiene alguna esencia, esta sería: "Prometer y no cumplir". El deshonor como el mal, tiene muchas formas, muchos caminos que conducen todos a la degradación moral. Uno de los mil caminos que existen para llegar alguien a deshonorarse es "prometer y no cumplir". El lenguaje dice que un hombre ha honrado su firma, su familia, su lugar de nacimiento, la Patria, la Religión. Cuando decimos de alguien estas encomiásticas palabras, lo afirmamos porque ese hombre ha ejecutado virtudes y no vicios; porque ha hecho el bien y se ha apartado del mal; y el bien siempre es digno de elogio y el mal de vituperio. "La firma de un hombre es su nombre; su nombre es su palabra, y su palabra es su honor. La palabra como la firma, llevan en sí una promesa y toda promesa conlleva, la obligación moral de cumplirla. Dar el propio nombre, con la palabra o con la firma, es empeñar la propia persona. Por esto quien no cumple la palabra, deshonra su nombre". (Ernesto Helló, en "El Hombre").

Por tanto, quien juega con la palabra no es hombre de honor porque está mintiendo y traicionando a todo momento; no es digno de confianza. Los alemanes decían con orgullo "Ein mann, ein wort: El hombre no ha de tener sino una sola palabra". En el lenguaje común se dice: "Por mi palabra de honor", "le doy mi palabra", "empeño mi palabra". El significado es bien conocido: promesa seria y fidelidad y veracidad en testimonio de una afirmación. Está embargada en estas frases populares toda la persona. "Fal-

tar a la palabra" es envilecimiento y deshonra.

El honor y el juramento. El juramento es la invocación del nombre de Dios en testimonio de la verdad, y solo puede prestarse con verdad, con juicio y con justicia. (Cn. 1316). En estas condiciones es un acto de religión. Puede ser asertorio o promisorio, según se limite a testificar alguna verdad o se prometa con él el cumplimiento de una cosa. Si faltan estas condiciones no habrá juramento verdadero, sino perjurio.

El ideal correspondiente a la pura moral cristiana, sería que nunca se tuviese que recurrir al juramento; que nuestro modo de asegurar una cosa sea si, si, no, no, como dicen los evangelistas; pero ya que no llegamos al estado ideal, debemos tratar con mucho respeto el juramento, pues la palabra ha de ser auténtica, sin aleaciones de ninguna clase. Los hombres juran por quien es mayor que ellos; y el juramento es la mayor seguridad que pueden dar para terminar sus diferencias. S. Juan Crisóstomo explica el por qué del juramento: "porque como en tanta perfidia y maldad de los hombres ninguno se disponía a creer fácilmente a otro, ponían a Dios por testigo". El jurar en vano no solamente es una prohibición divina sino racional, pues la mayoría de los códigos han elevado a la categoría de delito esta monstruosidad. El no cumplir el juramento dado no solamente es ofensa e irrespeto a Dios, sino falta de justicia y de fidelidad en las relaciones humanas. Tan grave era entre los paganos antiguos el faltar al juramento que Cicerón nos recuerda las palabras de Accio: "Quebrantaste la fe: ningún derecho doy ni he dado jamás a hombre perjurio". Entre ellos el falso juramento, el no cumplir el juramento era considerado

como una acción torpe, que quitaba a quien la cometía todo derecho.

El cumplir el juramento hecho, es honor, dignidad, elevación de carácter; no cumplirlo es buscar utilidad personal; y es malo, aunque se busque la conservación de la misma vida. Se debe cumplir el juramento hecho aunque nos venga la misma muerte.

Cicerón nos recuerda hechos de honor y de heroísmo de los antiguos romanos. "Marco Atilio Régulo, siendo cónsul por segunda vez, fue hecho prisionero en Africa por las tropas del general Almícar, padre de Aníbal. Los cartagineses enviaron al prisionero al Senado de Roma con la pretensión de que les devolviesen unos prisioneros suyos, juramentado que si no alcanzaba su libertad, había de volver él mismo a Cartago... Régulo llegó al Senado... y dijo que no era conveniente a la República que se restituyesen los cautivos, por ser jóvenes y buenos capitanes... Los prisioneros permanecieron en Roma y Régulo volvió a Cartago, sin que los ruegos de sus amigos fuesen parte para detenerlo. No se le ocultaba que iba a entregarse a un bárbaro cruel y a unos castigos terribles; pero era para él más poderosa la obligación del juramento, que quedar-se en Roma, consular y perjurio".

Y termina el gran orador romano diciendo: "dónde hallaremos hombre más fuerte que este senador y cónsul de Roma, que por cumplir la fé del juramento, se entregó al martirio voluntariamente?... "Porque el juramento es una afirmación religiosa, y la promesa que se hace poniendo a Dios por testigo, se debe cumplir". (Cicerón, Tratado de los Deberes", Lib. III, Cap. XXVI-XXIX). En esos lejanos tiempos de dignidad militar y política se podían hacer estas clases de juramentos porque se tenía la seguridad de su cumplimiento.

Honor es responsabilidad. Esta es la capacidad y obligación moral de responder ante Dios, ante la propia conciencia, ante las leyes positivas, ante la sociedad, ante superiores e inferiores de las palabras dichas y de los actos ejecutados. Reconocer la paternidad de las palabras y de las acciones; **decir sí**, cuando la conciencia lo exige, aunque se desplome sobre nuestra cabeza todo el cosmos; **decir no**, cuando la conciencia y la verdad así mandan.

Deshonor es la falta de responsabilidad. No querer responder de sus propias acciones o palabras; no reconocerse autor y padre de sus propios actos, por cobardía, por respeto humano, por temor al castigo, por temor a la deshonra; aparentar virtud y honor para no vivir en la infamia. Si por la mentira y la falta de virtud moral el prójimo sufre y recibe castigo o infamia, entonces este crimen ya no es deshonor únicamente; es una verdadera monstruosidad moral y social.

En este sentido el honor no puede ser valorado de una manera distinta por clases sociales, o según las épocas y los países. El honor es uno porque es la honradez, la hidalguía, la dignidad personal, que no tiene cambios, ni alzas ni bajas en ningún tiempo, ni por hombre antiguo ni por el moderno, ni por el varón ni por la mujer, ni por el político del Senado ateniense, romano, ruso, estadinense o colombiano. El ejercicio de la virtud es patrimonio de todos los tiempos, de todos los sexos, de todas las edades, de todas las profesiones, de todos los oficios, de los ricos y de los pobres, de los burgueses y de los asalariados, de los blancos y de los negros, del militar y del civil, de la mujer casada y de la soltera, del anciano como del niño; de la persona terrestre como de la selénita.

Si no fuera así el concepto del bien estaría al arbitrio de las épocas, de las personas y de las circunstancias. La obligación de cumplir con el deber es una misma en todas las latitudes. Esta obligación moral es una fuerza espiritual tan poderosa que conduce muchas veces al heroísmo, al sacrificio de nuestra propia vida rompiendo así los diques de nuestra propia conservación, prefiriendo una muerte honrosa a una existencia de cobardía y de indignidad.

El verdadero concepto del honor consiste en seguir lo honesto, combatir sin ambición ni vanagloria, rehusar la injusticia y buscar siempre el bien. Hay entre el honor, rectamente considerado, y la moral, una ecuación perfecta, a tal punto que lo inmoral jamás podrá ser honorable, porque el honor para toda persona bien nacida es virtud de orden interior, espiritual; la dignidad consciente con que cada cual pueda presentarse sin tacha ni menoscabo ante Dios, ante sí mismo y ante sus semejantes.

Se habla de varias clases de honor:

- a) Honor del caballero: es el ejercicio de las virtudes individuales o cumplimiento de los propios y particulares deberes.
- b) Honor de la mujer: Práctica de las virtudes y cumplimiento de los deberes femeninos, muy especialmente de la castidad y fidelidad conyugales.
- c) Honor familiar: Práctica de las virtudes de la sociedad conyugal.
- d) Honor profesional: Ejercicio de las virtudes de cada profesión que forman la ética profesional.
- e) Honor militar: El cumplimiento de los deberes militares.
- f) Honor deportivo: Deberes que deben cumplir los deportistas.
- g) Honor del cristiano: Ejercicio de

las virtudes naturales y sobrenaturales que debe practicar todo hombre como miembro de la religión de Cristo.

- h) Honor patrio o de la Patria: El cumplimiento de los deberes que la Nación tiene con otras naciones, muy especialmente el cumplimiento de pactos internacionales.

Falsos conceptos del honor. Repitamos que el verdadero honor, es personal e íntimo y no es otra cosa que la práctica de la virtud; con ella marchamos serenos y sin vergüenza; con ella tiene felicidad y paz nuestra conciencia y estamos en paz con Dios; con ella hallamos a nuestro paso respeto y veneración. La virtud es el pregón popular que publica por todas partes que nuestra vida es inmaculada y nuestra justicia sin dobleces; ella va delante de nosotros abriéndonos todas las puertas y pidiendo para nosotros la estimación y la honra.

El honor íntimo no se pierde sino con la mala conducta personal, y no se restaura sino con la buena conducta personal. Nadie puede ser ofendido en su honor sino es por sus propios actos.

El honor es indivisible porque es uno solo; no se puede ser en parte hombre honorable y en parte indigno, por el principio moral: "Bonum ex integra causa, malum ex quocumque defectu". No se puede ser caballero y embustero, ni veraz y calumniador, ni honorable y ladrón, ni digno y tramposo,

ni menos hombre de bien y asesino. El verdadero caballero no puede ser sobornado. El hombre de honor tiene principios fuertes de moralidad, de verdad y de justicia; se funda en la caridad y en la templanza, en la prudencia y en la fortaleza; el verdadero honor es acero y no caña; es luz y no penumbra; es día y no noche; es roble y no hoja; es roca y no veleta; es nítido y no turbio. Difícil, ¿verdad? ¡Son tan pocos los hombres de honor! ¡Abundan más las piedras fofas que las preciosas!

El honor no es lotería que se pueda sacar sin méritos; no es un apellido de alta alcurnia que se pueda heredar sin trabajo; el honor no es la adaptación a todas las circunstancias y a todas las situaciones, porque estas pueden ser acomodaticias, vergonzosas y torpes; el hombre de honor no es el hombre bisagra que se mueva para allá o para acá, al empuje de todo el que quiera entrar o salir, porque este puede ser un mentiroso, un desleal, un ladrón o un criminal. La vida de muchos hombres es un perpetuo mentís al Diccionario, pues a las cualidades constitutivas del honor muchos las llaman "política real"; al interés personal, lleno de egoísmo, lo apellidan "bien común"; al sentimiento exagerado, algunos lo nombran "dignidad personal"; a la envidia la llaman "preocupación social". La inversión de los valores morales batalla a diario contra las definiciones clásicas.

El honor o buena reputación es superior a los bienes materiales; la honra es el homenaje que se le tributa a una persona por razón de su excelencia. Todo hombre cualesquiera que sean sus defectos y sus culpas, merece honra por razón de la perfección de la naturaleza humana.

Tte. Cor. Jorge Tejeiro (Pbro.).